

# DE NUEVO SOBRE LA «GRAN IGLESIA» PETRINA

Antonio Piñero

Universidad Complutense de Madrid

[pinero.antonio@gmail.com](mailto:pinero.antonio@gmail.com)

## RESUMEN

Usualmente, de modo especial en círculos de investigación confesionales, se atribuye la creación del Nuevo Testamento y la unificación del abigarrado panorama de los diversos cristianismos de los primeros momentos a la existencia de una «Gran Iglesia unificada y unificante», agrupada bajo la égida de Pedro. El artículo cuestiona la existencia de tal comunidad/iglesia y sostiene con cuatro argumentos que la única iglesia de los primeros momentos, unificada y unificante, fue la paulina. Esta postura se fundamenta en el análisis del Nuevo Testamento y tres argumentos principales.

PALABRAS CLAVE: Nuevo Testamento, Iglesia Paulina, Iglesia Petrina.

## ONCE AGAIN ON PETRINE «GREAT CHURCH»

## ABSTRACT

The creation of the New Testament, and also the unification of the variegated panorama of the diverse theological trends in the early Christian times, is ordinarily attributed within the confessional New Testament research circles to the existence of a "Great unified and 'unifying' Church", grouped under the aegis of Peter. This article discusses the real existence of such a Church, and holds that the only 'unified and unifying Church' of the first Christian moments was the Pauline one. This contention is supported by the analysis of the New Testament as a whole and three other main arguments.

KEY WORDS: New Testament, Pauline Church, Petrine Church.

En la investigación sobre el Nuevo Testamento, especialmente en círculos confesionales, se suele defender que ya a finales del siglo I existía en el abigarrado panorama del cristianismo primitivo una fuerza principal tendente a la unidad, y que trabajaba precisamente en pro de ella. Este grupo sería el conjunto cristiano, no muy bien definido, pero sin duda existente, que podría decirse que se hallaba detrás de la potente corriente que fomentaba la recogida de material en torno a Jesús en Galilea (que dio como resultado la amalgama de sentencias de Jesús designada como "Fuente Q" a partir de B. H. Streeter), y la que igualmente aunaba el material oral y escrito, también diverso, que está detrás de los tres evangelios sinópticos.

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.fortunat.2019.30.08>

FORTVNATAE, Nº 30; 2019, pp. 127-142; ISSN: 1131-6810 / e-2530-8343





Aunque el grupo fuera complejo, estaba unido por la devoción, el afecto y el liderazgo de la potente figura de Pedro, al fin y al cabo el discípulo predilecto de Jesús, como testifican a una los tres evangelistas mencionados, y sobre todo Mateo, que es el único que recoge la fundación de la Iglesia (16,16), cuya función se imagina como contrapuesta al papel de la sinagoga normalizada de su tiempo (hacia el 90 d. C.)<sup>1</sup>.

Tras la muerte de Jesús, Pedro amalgamó junto a sí al menos la figura de Juan, uno de los hijos de Zebedeo, como se observa en los primeros cinco capítulos de Hechos de apóstoles, y al parecer gobernaban los dos, como primero y segundo, el grupúsculo incipiente. Este liderazgo petrino continuó pertinazmente en las décadas siguientes, en las iglesias fuera de Jerusalén, a pesar de que Pedro fuera en realidad desposeído por Santiago de la jefatura de la comunidad madre de la capital. Con el paso del tiempo, esta suerte de grupo de consenso en torno a una idea de Jesús y a una determinada comprensión de su figura fue la que intentó atraer a las demás corrientes de interpretación para formar entre todas un grupo compacto y fuerte ante el mundo exterior. Y este último fenómeno ocurrió sobre todo una vez muertos Pedro y Pablo<sup>2</sup>. A este grupo atrayente y unificador se lo denomina «la gran Iglesia», cuyas características básicas eran las de ser un grupo unificado e institucionalizado que comenzó a formarse a finales del siglo I.

Tal constatación ha llevado a muchos estudiosos a postular que el deseo de unión con el grupo primitivo de Jerusalén tuvo su base en la existencia de una «Gran Iglesia petrina» ya real a finales del siglo I. Cuando habían muerto los dos puntales más conocidos del judeocristianismo primitivo, Pedro y Pablo, el movimiento cristiano –se argumenta– inició el proceso de formación de una «Gran Iglesia», es decir, un grupo unificado, institucionalizado y unificante, cuya base era la personalidad de Pedro y su doctrina. Este deseo aglutinante se debía a una viva conciencia de misión universal, sin distinciones étnicas o sociales, como pueblo mesiánico también universal.

En España, que yo sepa, defendió enérgicamente esta postura Senén Vidal en su edición del Nuevo Testamento estructurada y comentada<sup>3</sup>. Anteriormente en su libro *Evangelio y cartas de Juan. Génesis de los textos juánicos*<sup>4</sup>, Senén Vidal

---

<sup>1</sup> Véase la mención de Pedro, Santiago y Juan como discípulos predilectos (ya desde Mc 9,1ss, la transfiguración; véase Mc 8,27ss, 11,21 y 13,3 donde Pedro es el portavoz de los discípulos; Mt 15,15; 18,21s); en los Hechos es Pedro el dirigente de la comunidad en los primeros momentos (3,1ss; 4,13ss; 8,14). Este tiene ciertamente su parte en los inicios del movimiento de seguidores de Jesús, pero luego se difumina y desaparece de la escena.

<sup>2</sup> En realidad nada sabemos seguro sobre la muerte de esos dos personajes, por más que dispongamos de noticias de los Hechos apócrifos de Pedro y de Pablo que apuntan a la persecución de Nerón a los cristianos de Roma, tras el incendio, en el 64 d.C.

<sup>3</sup> *Nuevo Testamento*. Edición preparada por Senén Vidal, Sal Terrae, Santander 2015. Citada como ENT.

<sup>4</sup> Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2013. Citado como EJC.

mencionaba repetidas veces la existencia de una “Gran Iglesia” unida, uniformadora e institucionalizante («unificada y unificante»), agrupada bajo la égida de Pedro. Como la de Vidal es la defensa, en lengua castellana, más enérgica que conozco, utilizaré en especial el pensamiento de este autor para exponer los argumentos de quienes defienden a capa y espada la existencia de una Gran Iglesia petrina.

Según Vidal fue en ese tiempo cuando el movimiento cristiano experimentó una profunda evolución decisiva para su historia posterior. Durante esa época se inició el proceso de formación de lo que se ha venido a llamar la Gran Iglesia, es decir, la iglesia, sin distinción de judíos ni cristianos ya que «las comunidades cristianas tenían una viva conciencia de misión universal, sin distinciones étnicas y sociales, y estaban convencidas de formar parte del pueblo mesiánico universal»<sup>5</sup>. Las corrientes de pensamiento disidente, a las que más tarde se denominó herejes, tenían que ser eliminadas. Según Vidal, todas ellas tenían que desaparecer como tales corrientes separadas, para entrar a formar parte de la «Gran Iglesia» una y uniformada.

Igualmente según este investigador, un momento clave de este proceso fue la aparición del conjunto formado por Lucas/Hechos<sup>6</sup>. El evangelio de Lucas –compuesto hacia fines del siglo I– «se enmarca en los inicios del proceso de formación de la Gran Iglesia, o iglesia unificada e institucionalizada. Su interés está en la justificación de esa Gran Iglesia frente a la amenaza de la división y tergiversación herética». Puesto que los Hechos forman una unidad con el tercer evangelio y su composición es solo un poco después, el conjunto de la obra lucana “quiso ser precisamente lo mismo: la justificación de la Gran Iglesia frente a la amenaza herética interna...”. Vidal da a entender por tanto que, casi de repente, hacia el 90-100 se está en los *inicios* de la Gran Iglesia y a la vez, que el autor, o autores de Lucas/Hechos confirman y justifican su *esencia y existencia*.

El final de este proceso fue la integración de los escritos de esas antiguas corrientes dentro de una única colección de libros, el canon del Nuevo Testamento, que se fue configurando a lo largo del siglo II<sup>7</sup>. Naturalmente los escritos originarios de Pablo (compuestos probablemente entre el 51 y el 58) quedaron totalmente fuera de este movimiento, ya que muchos paulinos tenían una teología exagerada. Esta Gran Iglesia resultó ser tan poderosa (se supone que por la potencia congregadora

---

<sup>5</sup> ENT 35.

<sup>6</sup> Junto con la inmensa mayoría de los intérpretes, Vidal sostiene decididamente la autoría conjunta. Nuestro autor no tiene en cuenta los argumentos más modernos que no niegan ciertamente la relación entre Lucas y Hechos, pero se muestran mucho más cautos en afirmar la unidad de autor, inclinándose más bien a ponerla al menos en duda por razones de diferencias grandes en el ámbito lingüístico: en el léxico y estilísticas, observadas por el análisis estilométrico realizado por ordenadores; discrepancias en los contenidos; diferencias en el talante teológico; divergencias en recepción textual: todos los manuscritos diferencian claramente las dos obras.

<sup>7</sup> ENT 35-36.



de su representante, Pedro) que asimiló los restos del judeocristianismo y obligó a que otros grupos judeocristianos, los de pensamiento johánico y los helenísticos/paulinos fueran desapareciendo como tales. Entre la Gran Iglesia petrina y la tradición sinóptica había fuertes lazos. Se sobrentiende que la tradición sinóptica, especialmente la recogida en Mateo, se contraponen de algún modo al paulinismo estricto de las siete cartas auténticas de Pablo.

Vidal remacha estas ideas en otros lugares de su mencionada edición del Nuevo Testamento. Así, sostiene de nuevo que la obra lucana completa «quiso ser como una gran justificación del movimiento cristiano de su tiempo», por lo que se enmarca en «los inicios del proceso de formación de la Gran Iglesia, o de una iglesia institucionalizada, que comenzó a finales del siglo I y se fue desarrollando durante todo el siglo II»<sup>8</sup>. Fue un «proceso de unificación en el que se dio la segregación de los grupos heréticos y de institucionalización... Especialmente Hechos es el testimonio más importante de esta tendencia»<sup>9</sup>. «Frente a la situación actual de división, la situación de la época fundante (de la Iglesia) se presenta como una unidad compacta, sin grieta alguna, basada en la enseñanza de los apóstoles». El autor de Hechos dibuja a estos apóstoles como absolutamente ligados a la comunidad de Jerusalén, centro clave de la unidad del cristianismo de los orígenes. «La intención de Hechos es polémica contra la tergiversación herética, defendiendo de ella a la iglesia ortodoxa, a la que el autor de la obra pertenece»<sup>10</sup>.

En su comentario a los escritos compuestos en nombre de Pablo una vez muerto este, sostiene Vidal que tales obras portan un sello característico en su estilo y en su teología que hace que la crítica descubra con cierta facilidad que son pseudoepígrafas. Estos escritos pseudoepígrafos, Colosenses incluido, «reflejan la situación y problemática de las comunidades paulinas desde fines del siglo I hasta bien entrado el siglo II. En su trasfondo se descubre un doble tipo de paulinismo: un *ultrapaulinismo*, con diversas tendencias contra las que polemizan estos escritos, y otro *paulinismo en camino de integración* dentro de la «Gran Iglesia», que es el propugnado por los autores de estas obras»<sup>11</sup>. En concreto en Efesios se observa un deseo de unidad que no puede venir de otra parte que no sea la tradición que comienza en los inicios, es decir, con Pedro y sus compañeros. Así en 2,20, al emplear el autor la imagen de la edificación con el motivo del «cimiento» –sobre el que está edificada la comunidad actual– se señala que no puede haber otro fundamento para la unidad que el de «los apóstoles y profetas de la primera generación»<sup>12</sup>. Vidal quiere dar así

<sup>8</sup> ENT 642.

<sup>9</sup> ENT 343.

<sup>10</sup> ENT 642.

<sup>11</sup> ENT 44.

<sup>12</sup> ENT 968. Según Vidal, pues, aunque el autor de Efesios pertenezca al paulinismo (lo mismo que el autor de Lucas/Hechos, argüimos nosotros) está igualmente interesado en unir el paulinismo estricto con la comunidad de Jerusalén.

a entender que dentro del paulinismo moderado se sentían deseos de integrarse en la «Gran Iglesia», que hacía hincapié en estas mismas ideas.

Respecto a las cartas Pastorales defiende Vidal que «El origen de los tres escritos hay que fijarlo en los grupos paulinos de la región de Asia Menor, probablemente durante la primera mitad del siglo II. Se trata, en efecto, de círculos paulinos que están ya muy cercanos a la Gran Iglesia, o iglesia uniformada e institucionalizada»<sup>13</sup>. Por ello “a los dirigentes comunitarios (de la Gran Iglesia) estaba encomendada la guarda de la *tradición doctrinal*, que iba adquiriendo una mayor fijeza institucional. Fue en ese tiempo cuando aparece la categoría de la tradición fija de los orígenes, o depósito recibido que hay que guardar...; esa institucionalización de la tradición desembocará, con el tiempo, en la fijación de ella en unos credos ortodoxos y en el canon de los escritos del Nuevo Testamento, que se convertirían así en reglas de fe»<sup>14</sup>. Igualmente piensa Vidal que la noción de la “sucesión apostólica”<sup>15</sup> procede de la Gran Iglesia, pero que está implícita, aunque clara en las cartas Pastorales.

El carácter de los otros escritos del Nuevo Testamento es presentado así por Vidal: la Carta de Jacobo/Santiago pertenece a “la corriente judeocristiana heredera del espíritu de la antigua comunidad de Jerusalén” que se asentó tras el 70 en Antioquía de Siria (ENT 45). La afinidad con el judeocristianismo de Jerusalén se confirma por “el talante de rigorismo ético del escrito. Su polémica va contra un paulinismo que no se considera conforme al auténtico espíritu cristiano”<sup>16</sup>. La carta de Judas es un escrito polémico...; su origen hay que buscarlo probablemente en un judeocristianismo del ámbito de Siria, ya muy cercano a la Gran Iglesia, hacia fines del siglo I o comienzos del II. La herejía contra la que polemiza es probablemente un paulinismo ideologizado”<sup>17</sup>. “El contexto cristiano para el origen de Judas hay que buscarlo probablemente en un judeocristianismo del ámbito de Siria, ya muy cercano a la Gran Iglesia”<sup>18</sup>. “Es difícil precisar la herejía (contra la que combate Judas) desde los solos datos de la polémica del escrito, ya que se trata de una polémica indirecta y tópica. Dada la relación del escrito con Jacobo/Santiago y 2 Pedro es probable que se trate de la misma herejía a la que se enfrentaban esos escritos y también las Pastorales. Sería entonces un paulinismo ideologizado de carácter dualista y espiritualista”<sup>19</sup>.

Las dos cartas petrinas son sin duda pseudoepígrafas, sostiene Vidal. Pero “precisamente una razón para presentar a Pedro como autor de la primera Carta,

---

<sup>13</sup> ENT 1.050.

<sup>14</sup> ENT 37.

<sup>15</sup> Así expresada aparece por vez primera en *1 Clemente* 44,1-3.

<sup>16</sup> ENT 45.1.136.

<sup>17</sup> ENT 46.

<sup>18</sup> ENT 1.223.

<sup>19</sup> ENT 1.224.



dirigida a las comunidades de Asia menor, zona de la antigua misión paulina, fue el intento de unir las figuras de Pedro y Pablo, algo que entraba dentro de la típica tendencia de la Gran Iglesia a la unidad<sup>20</sup>. “El escrito se pone bajo la autoridad de un personaje clave en los comienzos del movimiento cristiano y que sirvió más adelante como figura simbólica que aglutinó las diferentes corrientes cristianas antiguas en un movimiento cristiano uno y uniformado que Ignacio a comienzos del siglo II llamó la Iglesia universal<sup>21</sup>. Esta carta de “Pedro” tiene una teología tradicional: “1 Pedro describe el camino liberador del mesías siguiendo el antiguo guión tradicional: predestinación antes de la creación, manifestación en la historia, muerte salvadora, resurrección exaltación celeste, parusía y reino esplendoroso futuro<sup>22</sup>. “1 Pedro presenta a Pedro ya en Roma y acompañado de personas ligadas originariamente a la misión paulina (Silvano y Marcos)”<sup>23</sup>.

A propósito de 2 Pedro afirma Vidal que “tanto su concepción religiosa como su lenguaje reflejan un tiempo avanzado en el proceso de formación de la Gran Iglesia”<sup>24</sup>. También repite nuestro autor la misma argumentación sobre la importancia de Pedro como icono: “La carta se pone bajo la autoridad de Simón Pedro, personaje clave en los comienzos del movimiento cristiano”<sup>25</sup>. En concreto, 2 Pedro 3,15-16, a juicio del mismo autor: “Testifica, lo mismo que 1 Pedro, un intento de ganar al paulinismo (¡sic, en general!) para la Gran Iglesia unificada representada por Pedro, a pesar de algunas cosas difíciles de entender en los escritos paulinos”<sup>26</sup>. Pero el autor de 2 Pedro que piensa en su carta como testamento de este apóstol, utiliza “el mismo motivo que fue aplicado a la figura de Pablo por el autor de 2 Timoteo”<sup>27</sup>.

Sobre el paulinismo herético y 2 Pedro, escribe nuestro autor: “El lugar de origen de este escrito hay que buscarlo en las comunidades de las regiones de Asia Menor, el ámbito geográfico determinante en la configuración de la Gran Iglesia”. Y sostiene que “el paulinismo herético contra el que polemiza 2 Pedro se asemeja al paulinismo al que atacan las Cartas Pastorales, unos escritos originarios también de esa zona geográfica”<sup>28</sup>. Opina igualmente que ese “paulinismo herético” es un “paulinismo ideologizado del mismo tipo contra el que luchan Jacobo y Judas, pero en un estadio más avanzado”. Se trata de una herejía “que recurría a la figura de Pablo, algo a lo que trata de negarle fundamento 2 Pedro”; la herejía era “de carácter gnostizante en su referencia a mitos (2 Pedro 1,16) y en su negación de la esperanza de la transformación

<sup>20</sup> ENT 1.156-1157.

<sup>21</sup> ENT 1.159.

<sup>22</sup> ENT 1.158. 1.159.

<sup>23</sup> ENT 1.173.

<sup>24</sup> ENT 1.176.

<sup>25</sup> ENT 1.178.

<sup>26</sup> ENT 1.186.

<sup>27</sup> ENT 1.179.

<sup>28</sup> ENT 1.176. 1.186.

futura probablemente por el realce de la salvación presente (3,3-4). Y es posible, mantiene Vidal, que esta herejía configurara ya incluso un grupo con una cierta organización, aunque se mantuviera aparte de la Gran Iglesia (2,2-3.14.18; 3,17)<sup>29</sup>.

En mi opinión, todas estas afirmaciones contienen medias verdades, carecen de un fundamento textual cierto y me parecen desenfocadas. Comencemos por la crítica interna a la postura de Vidal que es sintomática en su defensa de la existencia de la «Gran Iglesia petrina unificadora y unificante».

En primer lugar, aceptar que sin duda se percibe, por una parte, en estos años del 70 al 135, una cierta eliminación de los rasgos excesivamente judíos de un primitivo judeocristianismo ya dominado por el paganocristianismo; y sin duda también se ve que, por otra, aparece el fenómeno contrario: el deseo de no desvincularse de las raíces judías. Es tan fuerte este impulso que pudo darse el caso de la entrada en el canon de escritos cristianos que incorporaban una base notablemente judía (Jacobo, Judas en apariencia al menos, y la Revelación; parte de Mateo), pero aceptables con cierto esfuerzo por el grupo que suponemos mayoritariamente paulino al menos en número, ya que los judeocristianos quedaron físicamente diezmados después del fracaso de las tres grandes revueltas contra el poder del Imperio romano (66-73 / 114-119 / 132-135 d. C.).

Pero a la vez hay que observar que S. Vidal nunca explica quién concede al grupo mayoritario de la múltiple y plural «iglesia» de ese momento, o al autor de Hechos, la patente de ortodoxia. Supone que es Pedro y su teología. Pero esta idea es una mera suposición. La descripción ideal de la comunidad de Jerusalén, a la que pertenecía Pedro, parece ser una creación de Lucas con la que intentaría fundar la unidad de una Gran Iglesia. ¿Pero era petrina la «cristiandad» que está detrás del autor de Hechos, la única «ortodoxia» potente en su tiempo? Es posible. Probablemente sería la más poderosa en número de fieles. Pero ciertamente era un grupo paulino y no petrino, aunque a su lado existieran en Éfeso –presunto lugar de origen de Lucas y de Hechos de apóstoles– los grupos johánicos y la comunidad para la que escribe el autor del Apocalipsis, que a pesar de su fuerte judeocristianismo, estimamos asimilable a un paulinismo amplio, en la dos nociones básicas del paulinismo: la muerte en cruz como salvación de toda la humanidad y la divinización plena de Jesús.

También queda oscura en la construcción de Vidal una prueba segura de que el Evangelio de Lucas y Hechos de apóstoles –conjunto compuesto a finales del siglo I (ENT 642)– «se enmarcara en los inicios del proceso de formación de la Gran Iglesia», Y esto porque da a entender que ya antes de la composición de dos estas obras existiera una fuerza personal (en torno a Pedro) que empujaba hacia la formación de esa Gran Iglesia y en la que podrían encajar Lucas y Hechos, a la vez que la promovían.

---

<sup>29</sup> ENT 1.176-1.177.

Ahora bien, a partir de que el Nuevo Testamento es nuestra única fuente para este momento, tendríamos que deducir que esa fuerza misteriosa petrina solo podría provenir de ideas propaladas por los autores, o las comunidades que están detrás, de los evangelios de Marcos y Mateo, y que desde luego tal fuerza no podría ser paulina, porque, según Vidal, los paulinos se verán luego atraídos hacia la «Gran Iglesia»; por tanto, en sus inicios estaban fuera. Pero, a la vez, Vidal no afirma nunca respecto al evangelio de Marcos que estuviera cerca de la Gran Iglesia, ni que supiera nada de ella, como sí lo hace expresamente del autor del evangelio de Mateo. Así pues, quedaría solamente la comunidad de Mateo y su autor como encarnación de ese misterioso impulso petrino hacia la unidad. Este autor, con su deseo de ligar “cosas antiguas y nuevas”, daría origen al movimiento hacia la unidad, la uniformidad y la institucionalización de los diversos grupos de seguidores de Jesús. A él se uniría rápidamente el autor del Evangelio de Lucas y más tarde el de Hechos, si es que son diferentes pero con similares intenciones.

Ahora bien, esta construcción nos parece claudicante porque el autor de Marcos es claramente paulino<sup>30</sup>. Y porque Mateo era también un seguidor de Pablo, y porque el autor, o autores, de Lucas/Hechos lo son igualmente, a pesar de sus diferencias. Por consiguiente, los paulinos *estarían a la vez dentro y fuera de los inicios de la construcción de la Gran Iglesia*. Que Mateo era un seguidor de la teología paulina en algunos aspectos se prueba, a mi entender, porque acepta el marco mental de Marcos respecto a la función de la muerte salvadora de Jesús por toda la humanidad, al utilizarlo como fuente principal de su escrito; y, en segundo lugar, porque la figura mateana de Jesús-mesías como legislador en época mesiánica (el mesías tiene la capacidad de interpretar e incluso mudar algunos aspectos de la Ley tras su venida a la tierra, como se ve sobre todo en el Sermón de la montaña, Mt 5-7) es paulina<sup>31</sup>.

También queda muy poco clara la posible relación de los escritos johánicos así como la del Apocalipsis con la «Gran Iglesia petrina», pues ambos grupos dependen del pensamiento de Pablo en las concepciones básicas de la interpretación de la muerte de Jesús y su divinización.

Respecto a las Epístolas pastorales o «Comunitarias», obsérvese igualmente que, según Vidal, las nociones de «depósito, recta doctrina y sucesión apostólica» se crean en la Gran Iglesia, la cual –por hipótesis– no es paulina. Sin embargo, nos parece que esas ideas de «depósito, sana enseñanza y tradición» proceden de Pablo, según afirman los autores de las Pastorales; estas no nombran nunca a Pedro como garante del depósito, recta doctrina o tradición<sup>32</sup>. La lucha, pues, contra las herejías

---

<sup>30</sup> Noción prácticamente admitida por todos los investigadores. Véase nota 31.

<sup>31</sup> Una demostración amplia en mi obra “Guía para entender a Pablo de Tarso. Una interpretación del pensamiento paulino, Trotta, Madrid 2018, pp. 159-187, Aclaración VI, «Ley de Moisés y Pablo».

<sup>32</sup> Véase ENT 1053; 1055 a propósito de 1 Tim 1,3-11.

se hace en las Pastorales rememorando la doctrina de Pablo, no la de Pedro<sup>33</sup>, idea esta que es una concesión de Vidal que no casa bien con el presupuesto de la Gran Iglesia petrina como creadora de los conceptos. Resulta curioso, pues, que S. Vidal acepte que 1 2 Tim tienen su origen en un impulso a la institucionalización, a la conservación de la tradición y a una praxis religiosa y ética tradicionales... Pero a la vez mantenga que son paulinas, y que en el momento de su composición sus autores no pertenecían a la Gran Iglesia petrina, aunque se sientan como en la misma vía que ella<sup>34</sup>.

Ello supone un misterioso y potentísimo influjo de la Gran Iglesia petrina en el seno de un paulinismo que proclama en todo momento que es Pablo el que crea esas ideas de institucionalización, conservación del depósito y la observancia de una vida moral también sujeta a la tradición. No es una hipótesis probable.

Respecto a la crítica antipaulina de la Epístola de Santiago, opinamos que tal crítica es más aparente que real. Podría proceder de, o explicarse no como un ataque a Pablo, sino como un refuerzo de la misma idea paulina expresada en Rm 3,8 y 6,1 quejosa de quienes lo entendían mal. Igualmente, la descripción de las disputas comunitarias de St 3,13-4,12 se explica bien si el autor se inspira en las descripciones de las mismas disputas en 1 Corintios.

Sobre la Carta de Judas, opinamos que, si –según Vidal– el contexto cristiano en el origen de este escrito hay que buscarlo probablemente en un judeocristianismo del ámbito de Siria muy cercano a la Gran Iglesia petrina, hay que postular también que el judeocristianismo como tal tenía en su seno el mismo impulso que llevaba a la unidad e institucionalización de la Gran Iglesia petrina, hipótesis que creo muy poco probable, o casi imposible. Igualmente parece una hipótesis un tanto extraña que tanto la Gran Iglesia petrina como los judeocristianos lucharan de consuno contra un «paulinismo ideologizado». ¿Dónde estaban, según Vidal, los paulinistas ortodoxos? Se supone que detrás, por ejemplo, de obras como Colosenses, Efesios (2 Tesalonicenses) y Pastorales. Pero repetimos la pregunta: ¿Quién les concedía la patente de ortodoxos? Veremos además, de inmediato (nota 36) que la Carta de Judas es mucho más paulina de lo que parece, pues para dibujar a los herejes contra los que polemiza utiliza la plantilla de 1 Corintios.

Un caso interesante respecto a la hipótesis de los inicios de la existencia de una Gran Iglesia petrina son las dos obritas que en el Nuevo Testamento llevan como autor al mismísimo Pedro. Según Vidal, el prescripto de 1 Pedro intenta ligar la figura de Pedro con la de Pablo. Detrás se descubre el interés de configurar un movimiento cristiano unitario, la Gran Iglesia, algo que aparece también en otros escritos de la misma época, siendo el más significativo el libro de los Hechos<sup>35</sup>. En estas obras Vidal

---

<sup>33</sup> ENT 1.060.

<sup>34</sup> ENT 1.051.

<sup>35</sup> ENT 1.159.



califica como tradiciones del cristianismo en general (probablemente bautismales) unas ideas que nos parecen netamente paulinas. Vidal nunca se plantea la cuestión de que solo las conocemos por medio de las cartas del Apóstol.

Tales «tradiciones» genéricamente cristianas y no adscribibles a la autoría paulina sino a la herencia previa —es decir, judeocristiana o petrina— serían, por ejemplo, el pueblo mesiánico como «la nueva casa espiritual edificada con piedras vivas, que son su miembros y asentada sobre la piedra angular»... «el pueblo mesiánico es el auténtico pueblo escogido por Dios, llamado por Dios de la tiniebla a la luz maravillosa de la creación» (ENT 1.163, a propósito de 1 Pedro 2,4-10). La ética civil de 1 Pedro 2,13-37 es totalmente paulina. Vidal silencia también el carácter paulino del escrito y prefiere interpretarlo como una obra que muestra la tendencia de la Gran Iglesia (ENT 1.164-1.165). Respecto a 1 Pedro 3,18-22, Vidal tampoco pone de relieve el carácter netamente paulino de «una tradición bastante configurada» (¿Dónde? ¿En qué iglesia judeocristiana o petrina?) sobre la muerte salvadora y la resurrección del mesías..., sobre su exaltación celeste como absoluto soberano mesiánico y la dimensión universal de la liberación mesiánica efectuada por la muerte y resurrección del mesías». Opinamos que todas estas ideas reposan sobre lo que podemos considerar un guion rigurosamente paulino.

La Segunda carta de Pedro es también un buen banco de pruebas para probar la solidez de la hipótesis de la existencia de una Gran Iglesia petrina, ya a finales del siglo I, como poderosa fuerza aglutinante. En esta línea opino que respecto al «paulinismo ideologizado y herético» que combate 2 Pedro, según Vidal, se puede plantear también la hipótesis de que 2 Pedro es tan paulina como 1 Pedro. Por tanto, sería la Gran Iglesia paulina misma (no petrina) la que trata de desembarazarse de movimientos internos exagerados, como lo hace el mismo Pablo en Corinto con los espirituales («pneumáticos» exagerados). Según Vidal, en los tiempos de 2 Pedro existía una como tendencia subterránea en todos los grupos, principales o excéntricos, hacia la unidad. Ahora bien, a propósito del “paulinismo ideologizado y herético” que combate 2 Pedro, según Vidal, se puede plantear también la hipótesis de que 2 Pedro es tan paulina como 1 Pedro. Por tanto, sería la gran iglesia paulina misma (no petrina) la que trata de desembarazarse de movimientos internos exagerados, como lo hace Pablo mismo en Corinto

Después de estas críticas nos parece que no queda en absoluto clara la hipótesis (pues en verdad no es más que eso) o el intento de fundamentar la existencia de una Gran Iglesia petrina. Para ello tenemos que concentrar nuestros ojos en los datos del Nuevo Testamento, nuestra única fuente. Formulo, pues ahora de una manera clara que tal hipótesis me parece radicalmente desenfocada. Esta opinión se funda en cuatro argumentos principales

A) Nuestro corpus de textos más antiguo —el Nuevo Testamento—, su estructura y lo que parece ser la fuerza motriz para su formación desde finales del siglo I hasta el siglo II las desmiente.

B) Carecemos de textos suficientes para sustentar la existencia de una teología particularmente petrina, y menos aún con esa fuerza atractiva y aglutinante que se le atribuye. Aunque la imagen de Pedro sea rica en anécdotas en el Nuevo Testamento, no lo es en doctrina. En verdad, es muy difícil, por no decir casi imposible, reconstruir una teología genuinamente petrina a través del Nuevo Testamento.



C) No tenemos más pruebas estrictas sobre un intento de unificación e institucionalización que el que parte de las iglesias paulinas (las cartas Pastorales), no petrinas, quienes –apoyadas en los avatares de la historia que acabaron prácticamente con la rama judeocristiana del futuro cristianismo– dan toda la impresión de haber fagocitado a lo postre los restos de esa corriente y cualquier otra subdivisión del primer cristianismo.

D) La Gran Iglesia comienza a formarse de verdad con las ideas mostradas con claridad en los Hechos de apóstoles, como se ha indicado, acerca de la necesaria unión de la primitiva iglesia. Ahora bien, los Hechos son una obra netamente paulina.

Expandimos ahora cada uno de estos cuatro argumentos.

A) La estructura formal del Nuevo Testamento no sustenta la idea de una Gran Iglesia petrina. Esta estructura es la siguiente:

1. *Catorce* cartas atribuidas a Pablo (aquí no vale para el argumento el hecho de que siete sean auténticas y otras siete pseudoepigráficas; lo importante ahora es la atribución a Pablo).

2. *Siete* cartas para el *total de los otros apóstoles*, de las cuales, Judas y 2 3 Juan son de mínima extensión. De estas siete, 1 2 Pedro son de teología expresamente paulina. El desequilibrio en pro de Pablo es abrumador. De entre las otras cartas, Judas, aparentemente judeocristiana, es profundamente paulina, pues utiliza 1 Corintios como plantilla para dibujar a los “herejes” contra los que polemiza<sup>36</sup>. Jacobo/Santiago contiene sin duda una parenética judeocristiana, pero tiene ideas parecidas a las paulinas en su concepción sobre la ley del Mesías y la del “Antiguo Testamento” en su validez respecto a los judíos convertidos a la fe en ese Mesías. Es muy posible, además, que en su discusión sobre fe/obras esté ampliando la polémica interna paulina en contra de una falsa intelección de la justificación por la sola fe sin las obras (véanse las quejas de Pablo mismo en Rm 3,8 y 6,1).

3. Hay cuatro evangelios, pero puede decirse con total seguridad que los cuatro son notablemente más paulinos que petrinus. El de Marcos es claramente paulino, y los otros tres que lo siguen lo son de igual manera, pues interpretan los dos grandes eventos de la vida de Jesús, su muerte y resurrección, al modo paulino<sup>37</sup>. En especial Mateo y Lucas son más paulinos que el Cuarto Evangelio en cuanto que la influencia de la estructura y gran parte del contenido del Evangelio de Marcos es superior<sup>38</sup>.

---

<sup>36</sup> Compárense Jds 4 con 1 Cor 6,12-20 y 1 Cor 12,3; Jds 5 y 1 Cor 11,2; 1 Cor 10,1-5; Jds 10 con 1 Cor 2,6-15; Jds 12 con 1 Cor 11,21-22; Jds 19 con 1 Cor 1,10-11 y 1 Cor 2,14s; 15,21. 44-49; Jds 25 con 1 Cor 15,20-28.

<sup>37</sup> Una breve síntesis del paulinismo de Marcos en Joel Marcus, *Comentario al Evangelio de Marcos*, vol. 1, Introducción, “El lugar de Marcos en la vida y pensamiento cristiano”; 3. “Marcos y Pablo”, Sígueme, Salamanca 2009, 95-106.

<sup>38</sup> Puede parecer extraña esta afirmación sobre el segundo evangelio, Mateo; pero no lo es: el Jesús de Mateo está rigurosamente junto a Pablo al defender a capa y espada el deber de los judeocristianos de cumplir la ley entera de Moisés (Mt 5,17-19).

4. Hay un solo Apocalipsis, el de Juan el presbítero, que es obra judeo-cristiana, pero que tiene la misma intelección paulina de la muerte y resurrección del Mesías (que es el “Cordero”: 1 Cor 5,7) y avanza más aún que Pablo en la idea del carácter divino de Jesús.

B) El Nuevo Testamento no establece claramente, ni mucho menos, una teología petrina. No es claro sin más que Pedro sea el representante de la Gran Iglesia, ya que las menciones de Pedro o anécdotas sobre él en el Nuevo Testamento son más bien negativas<sup>39</sup>. La presunta autoría de los discursos petrinus de Hch 2-3 refleja una cristología también paulina, expresada mucho antes que por Hechos en Rm 1,3-4. Tampoco la “invención” petrina de la misión a los paganos anterior a Pablo, preconizada por Hch 10,1-11,18, merece credibilidad histórica alguna, dada la agria disputa de Pedro con Pablo según Gal 2,11-14.

Por otro lado, hay que reconocer que existe una fuerte tendencia en la tradición sinóptica a mostrar que Pedro fue el discípulo de Jesús de más categoría y que tuvo cierta primacía. Pero esta primacía tampoco da pie a sustentar la noción de una Gran Iglesia petrina. Puede decirse incluso que Pedro, en el conjunto de la tradición sinóptica, no es el más señero entre los discípulos de Jesús por su personalidad propia, sino probablemente al revés: la importancia dada a Pedro como primer discípulo es una retroproyección de los evangelistas (sobre todo Mateo y Lucas) a la época del ministerio de Jesús porque Pedro había sido el primer dirigente de la comunidad de Jerusalén. Y probablemente fue el primer dirigente porque fue el primero en creer en la resurrección de Jesús y en manifestar que a él le había sido concedida una aparición. Una vez desaparecida de la historia la comunidad primitiva/madre de Jerusalén tras el año 70, no había problema alguno para que Mateo, y sobre todo Lucas y el autor de Hechos, pretendieran rehabilitar su figura, venerada por los restos de los judeocristianos, y unirla así a la figura de Pablo.

---

<sup>39</sup> Mc 1,16.20.30.36; 3,16; 8,27-33; 9,1ss; 14,37 (en Marcos la figura de Pedro es muy negativa). Mt 8,14; 10,2; 14,28-19; 15,15. Mt en general trata de rehabilitar la figura de Pedro denigrada en su predecesor: Mt 14,28-31; 16,16-19; 17,24-27 (material único de Mateo). Lc 6,14; 22,31; 24,12 (ausente en varios manuscritos). Lucas intenta rehabilitar a Pedro, quizás más aún que Mateo mismo: Lucas evita algunos de los pasajes marcanos más duros contra Pedro: ejemplo típico es la eliminación de la reprimenda de Jesús a Pedro en la confesión mesiánica en Cesarea de Filipo (véase una sinopsis respecto a Mc 8,33); véase también la sinopsis en Lc 5,1-11; 22,31-34; Lc 24,34. Jn 1,42; 13,6-11; 18,10-11; 21,15s (rehabilitación de Pedro). Pero en este evangelio el discípulo principal y preferido no es Pedro, sino el “Discípulo amado”. Hch 8,14 y 1,1-4 presentan a un Pedro que no tiene autoridad significativa y en 15,7-11 alude al episodio mítico de Cornelio en Hch 10 al que no hemos atribuido autenticidad alguna; Hch 21,18 indica que Pedro ha perdido toda autoridad sobre el grupo judeocristiano primigenio de Jerusalén.

Pedro como base y sustento de la futura iglesia de Jesús aparece en Mt 16,16ss. Pero en este pasaje se afirma solamente una especial preponderancia de él sobre otros apóstoles, al igual que Jn 21,15ss, que no nos sirven para reconstruir su peculiar teología. En todo caso caracterizan su teología como estrictamente judeocristiana textos como Gal 1,18; 2,8.11-14.



Siendo esto así, es bastante más plausible que el intento de rehabilitar a Pedro y de concederle una primacía entre los Doce, perceptible sobre todo en Lucas y Juan, manifieste la clara intención de las iglesias paulinas de unir a Pablo con Pedro, y no al revés<sup>40</sup>. Es perceptible en el Nuevo Testamento el gran deseo de las iglesias paulinas, ya desde Pablo mismo, de relacionar a toda costa sus ideas teológicas novedosas con el grupo matriz de seguidores de Jesús en Jerusalén. Pablo mismo dio muestras de no haber roto jamás los lazos de unión con esa comunidad madre, desde su visita a Jerusalén según Gal 1,18 hasta su colecta en pro de los pobres de la comunidad jerusalémica, cuyo transporte le constó probablemente la vida para cumplir el deseo del denominado concilio de Jerusalén (Gal 2,1-10/Hch 15). Y los paulinos dieron igualmente muestras de permanecer siempre fieles a sus raíces judías hasta el extremo de consagrar como propia la Biblia hebrea a lo largo de los siglos II y III.

C) El inicio del proceso de institucionalización se muestra clara y rotundamente en el Nuevo Testamento –nuestra única fuente– solo en las Epístolas Pastorales o comunitarias, que quizás sean de la misma época que Hechos. Ellas forman sin duda el primer núcleo de organización de comunidades cristianas, pues carecemos de otros testimonios. Las cuatro claves de la formación de la Gran Iglesia son, en nuestra opinión y tal como aparecen en las Pastorales, el control de la tradición o depósito de la fe, que es la doctrina sana (1 Tim 6,3.20-21); el control del sentido de las Escrituras y prohibición de la profecía por cuenta propia y la interpretación privada del texto sacro (2 Pe 1,19-21; 3,15-16); el control de la jerarquía e invención de la doctrina de la sucesión apostólica (Pastorales en general; 1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6)<sup>41</sup>; el control monetario de los ingresos por donaciones de los fieles y conversión de gran parte de ellos en una suerte de “seguridad social comunitaria”, heredera de sus antecedentes judíos<sup>42</sup>. Todos esos procesos se llevan a cabo en escritos que muestran expresamente la marca paulina en su adscripción y parcialmente en su teología<sup>43</sup>.

D) La Gran Iglesia comienza a formarse de verdad con las ideas mostradas con claridad por los Hechos de apóstoles –que fue compuesta bastante más tarde que el evangelio de Lucas, quizás hacia el 110, como se ha indicado– acerca de la unión de la primitiva iglesia. Ahora bien, los Hechos son una obra netamente paulina:

---

<sup>40</sup> Dado el carácter paulino tanto de la primera como la segunda carta de Pedro, es perfectamente plausible esta hipótesis.

<sup>41</sup> Ulterior explicación y textos de Padres de la Iglesia tempranos en *Cristianismos derrotados*, 167.

<sup>42</sup> En el Nuevo Testamento es la continua preocupación por las viudas y los huérfanos.

<sup>43</sup> He intentado demostrar estos asertos en *Los cristianismos derrotados*, EDAE, Madrid 2009, que no es un libro de divulgación –a pesar de su afán didáctico y el intento de claridad y sencillez expositiva–, sino el resultado de una investigación de años y de reflexión personal.



el interés básico de esta obra es justificar la misión paulina a los gentiles, con lo que supone de profunda diferencia –aunque el autor sostiene también que supone una continuidad– respecto a la comunidad de Jerusalén, dirigida por Jacobo/Santiago, centrada exclusivamente en la propaganda de la fe en Jesús como mesías judío y para los judíos. En efecto, son los Hechos los que funden a Pedro con Pablo en una misma historia; los que ignoran las grandes diferencias entre ellos; los que hacen a Pedro actuar como Pablo (es Pedro el que inaugura y potencia la misión a los gentiles: 10-11) y los que hacen hablar a Pablo como Pedro en Hch 13; son los Hechos los que idealizan en extremo la figura de Pablo, junto con las Pastorales, y lo ponen a una altura superior a Pedro<sup>44</sup>. Ahora bien, “Lucas”, o quien fuere, al presentar a Pedro como el inventor de la misión a los gentiles, al dibujarlo como responsable de la presunta teología (en unión de Jacobo) sobre la comensalidad con ellos (aceptada por Pablo según Hch 15), y como primer autor de las doctrinas sobre el Mesías en sus primeros discursos (Hechos 2-3), fue el que proporcionó la base para la idea de un gran grupo cristiano formado ciertamente por las doctrinas paulinas y con Pablo como el apóstol más exitoso e importante, pero firmemente coaligada en torno a Pedro, cuya presencia no podía ignorar.

Parte de la crítica literaria de tono confesional se esfuerza, sin embargo, por medio de variados análisis, en demostrar que la figura de Pablo no es tan importante como se piensa en el Nuevo Testamento: no se admite el paulinismo de los evangelios, y respecto al desarrollo ideológico del futuro cristianismo se opina que debe rebajarse el influjo del Apóstol, ya que en muchísimos casos no hace más que transmitir tradiciones comunitarias previas, judeocristianas, creadas sobre todo en torno a la liturgia bautismal. Además, la idea señera de la evangelización de los gentiles no es paulina, sino que fue el producto del judeocristianismo helenístico, que nutrió la mente de Pablo durante 14 años de estancia en Antioquía de Siria. Sin embargo, este esfuerzo reductor cojea irremisiblemente en nuestra opinión porque no tenemos más testimonio que el propio Pablo acerca de esos pretendidos antecedentes. A veces se tiene la impresión de que la crítica literaria sabe más del pensamiento de Pablo que él mismo. Este proceder no parece sano metodológicamente.

Así pues, y según el cuádruple razonamiento expuesto arriba, podemos sostener que no hay prueba ninguna para afirmar –y menos tan rotundamente como se hace a veces– que la Gran Iglesia se estableció sobre bases petrinas, que son totalmente judeocristianas, corriente que ha dejado menos restos de lo que parece en el Nuevo Testamento. No hay pruebas estrictas para sostener que la tendencia fundamental de la iglesia cristiana a finales del siglo I y en el siglo II fuera petrina, pues

---

<sup>44</sup> Es precisamente S. Vidal el autor que en lengua hispana ha dedicado más páginas a mostrar la idealización de Pablo por parte del autor de Hechos: véase *Pablo. De Tarso a Roma*, Sal Terrae, Santander <sup>2</sup>2008.

la falta de textos neotestamentarios –nuestra fuente única al respecto– no lo permite en absoluto.

Para introducir la noción de una Gran Iglesia petrina no basta pensar en la importancia de Pedro en los Sinópticos, ni tampoco en la mejora de la imagen de Pedro en Marcos por parte de Lucas-Hechos y del autor del Evangelio de Mateo, junto con el apéndice tardío en el Cuarto Evangelio (capítulo 21). Según lo escrito arriba, parece totalmente arbitrario postular que el paulinismo en sí hubo de desaparecer como corriente efectiva para integrarse en una Gran Iglesia petrina (nota 7). Igualmente es arbitrario sostener que la tradición sinóptica, o más en concreto el Evangelio de Mateo, la Carta de Judas o la de Jacobo/Santiago, con su disputa sobre Ley-obras, son indicios inequívocos de la existencia de una Gran Iglesia petrina que aún no incluía a los paulinos. También parece arbitrario sostener que el paulinismo de las cartas comunitarias (1 2 Timoteo y Tito) mantiene posiciones muy cercanas a las de la Gran Iglesia ya uniformada e institucionalizada, a la que aún no pertenecía.

Por el contrario, las piezas parecen encajar mucho mejor si se piensa que –de acuerdo con la estructura y composición del Nuevo Testamento, junto con los otros tres argumentos expuestos arriba– fue la corriente paulina la que creó y propaló la noción de la Gran Iglesia. Sostengo, pues, como más probable que el inicio, el núcleo y el impulso de la Gran Iglesia fue paulino. Pero no fue este un movimiento rígido, sino flexible e integrador, siempre consciente de sus orígenes judíos, que procuró admitir en su seno otros textos no de la estricta escuela paulina sino de la corriente judeocristiana, que eran asimilables al paulinismo en su interpretación básica de la naturaleza del Mesías (un ser humano-divino), de su muerte y resurrección y de su misión celeste y terrestre, cuyo mensaje de salvación se proyecta también hacia los paganos, quienes pueden alcanzar esa salvación al mismo nivel que los judíos.

Este núcleo paulino fue el que formó el Nuevo Testamento actual a lo largo del siglo II, donde predomina el paulinismo de modo claro, como indicamos. Pero las tradiciones *petrinas* más “puras”, las que llevaron a Pablo a discutir agriamente con Pedro según Gal 2,11-14, es decir, puramente judeocristianas, quizás no aparezcan ni siquiera en el Evangelio de Mateo ni en buena parte del Apocalipsis, sino sólo en parte de la Epístola de Santiago (no en la escasa sección ideológica sobre Cristo y la Ley, sino en la amplísima sección parenética). De la presunta tradición petrina adscrita nominalmente a este apóstol, las denominadas cartas petrinas, 1 Pedro es claramente paulina; y la segunda, es en todo caso muy asimilable al paulinismo, si no es que resulta ser igualmente paulina. Por tanto, serían cartas fabricadas por autores paulinos que por este medio intentaron ganar para su movimiento al apóstol Pedro, y no al revés.

En el terreno de lo hipotético es también plausible sostener que la pretendida “Gran Iglesia petrina” puede ser el producto de un deseo apologético moderno de lograr que toda la teología del Nuevo Testamento, todo el cristianismo primitivo en suma, tenga una unión tan fuerte con el Jesús histórico y sus apóstoles, de modo que no se pueda pensar ni decir –como es en realidad– que el teologuema central del Cristo celestial que se superpone al Jesús histórico, depende de una revelación



personal a Pablo de Tarso, como él mismo afirma en su carta a los Gálatas (su “evangelio” no es producto de la carne ni de la sangre sino de una revelación)<sup>45</sup>.

En síntesis: si hubo una Gran Iglesia, esta fue sin duda paulina, pues sobre todo la estructura y datación del Nuevo Testamento apuntan sin titubear a que en su base se hallan grupos paulinos, y no otros, que buscaron expresamente la unidad y la institucionalización de sus comunidades. Los seguidores de Pablo fueron siempre conscientes de que los inicios del movimiento cristiano no se encontraban estrictamente en el Apóstol, sino en Jesús de Nazaret y en sus primeros discípulos. Y obraron en consecuencia integrándolos en el primer corpus de escritos cristianos. Mas, sin la grandiosa reinterpretación de Jesús por parte de Pablo y de sus propios seguidores, el primer grupo judeocristiano se habría perdido irremisiblemente en la historia como una secta mesiánica casi puramente judía, sin interés alguno para la gran minoría ansiosa de la salvación en el Imperio Romano de la época.

Sin embargo, para ser lo más ampliamente comprensivos con la hipótesis de la Gran Iglesia petrina podríamos aceptar la designación «petro-paulina» para algunas corrientes de pensamiento dentro de los libros del Nuevo Testamento por dos razones: la primera porque Pedro debió de tener un ideario teológico un tanto más abierto respecto a la admisión de los gentiles (a pesar del «incidente de Antioquía» de Gálatas 2,11-14) que otros personajes de la comunidad jerusalémica, ya que perdió el liderato de ese grupo frente a Jacobo, el hermano del Señor, y hubo de «exiliarse». Y la segunda, porque todos los evangelios del Nuevo Testamento, sobre todo los evangelios de Mateo y de Lucas –y el de Juan en su apéndice– dan testimonio de un liderazgo cierto de Pedro en el grupo de seguidores de Jesús, independientemente de que podamos o no reconstruir su teología y su influencia.

RECIBIDO: abril 2019; ACEPTADO: junio 2019.

---

<sup>45</sup> Se puede plantear la hipótesis de que el intento de Papías de ligar a Marcos con Pedro pertenece a la misma línea apologetica que tenía en mente el autor de 1 Pedro.